mas elevadas de la filosofía, quejándose con descaro y con impudente familiaridad de no haber recibido el salario que le debia por su condescendencia. Aquí se manifestaron las primicias de ese don de los milagros que Dios habia resuelto prodigarle, pues como uno de sus amigos diese á aquella muger á ruegos suyos el dinero que le pedia, á fin de que no le importunase mas, apenas ésta lo habia tocado cuando el demonio se apoderó de ella, y cayó en el suelo, con los ojos vueltos, llena de espuma la boca, y como si la ahogaran horribles convulsiones. Entónces oró por ella el jóven y la cortesana quedó libre del demonio.

De Alejandría volvió á Cesarea con su hermano Antenodoro, que despues fué obispo y mártir, estuvo cinco años al lado de Orígenes, y cuando vuelto á su patria, todos esperaban verle brillar en las asambleas por la elocuencia de la palabra, se retiró á una soledad, de donde con gran trabajo logró sacarle Fedimo, obispo de Amasea, haciéndole elegir obispo de la misma ciudad en que habia nacido, de esa Neocesárea, tan entregada entónces á la idolatría, que solo se contaban en ella diez y siete cristianos. Largo tiempo rehusa Teodoro admitir el episcopado; pero una vision celeste se lo ordena y le revela todos los tesoros de la sabiduría divina. El evangelista San Juan, por mandato de la Madre del Salvador, le esplica el misterio que queria penetrar. Gregorio sale de su retiro para regir el corto rebaño de Neocesárea. Sorprendido de noche por una lluvia, se refugia en un templo de ídolos, célebre en toda la comarca por sus oráculos; empero al dia siguiente los demonios declaran á los sacrificadores que abandonan aquel lugar porque Gregorio habia pasado en él la noche. Entónces corrieron en busca de Gregorio llenos de cólera, le amenazaron con que harian que le castigasen los magistrados por haber tenido la audacia, siendo cristiano, de entrar en un templo de sus dioses. "Con la ayuda de Dios, les respondió el santo sin conmoverse, puedo arrojar á los demonios y traerlos, segun se me antoje.—Haced, pues, que entren en su templo," dijo el sacrificador, y entónces Gregorio escribió en un pedacito de papel estas palabras: "Gregorio á Satanás, entra." El sacrificador se llevó este billete, lo puso sobre el altar, hizo sus sacrificios y conjuros de costumbre, y volvió á aparecer lo que veian antes. Corrió de nuevo á donde estaba Gregorio, le alcanzó antes de llegar á la ciudad, y le rogó le diese á conocer el Dios á quien obedecian los demas dioses. Entónces le esplicó Gregorio la doctrina cristiana; pero al sacrificador le chocó la encarnacion del *Verbo*, creyendo indigno de Dios haber tomado un cuerpo para vivir enmedio de los hombres. "Estas verdades, dijo el santo, no pueden demostrarse con palabras y raciocinios humanos; solo pueden atestiguarlas las maravillas del divino poder.—Pues bien, dijo el sacrificador enseñándole una piedra de gran tamaño, manda á esa piedra que mude de sitio, y le indicó al mismo tiempo al que queria fuese trasladada. Gregorio mandó á la piedra, y ésta obedeció cual si fuese un ser animado. No titubeó ya, entónces el sacerdote pagano abandonó su muger, sus hijos, sus bienes, y siguió constantemente á Gregorio en clase de discípulo. La fama de sus milagros le habia precedido, el pueblo todo de Neocesárea salió á su encuentro. Antes de espirar el dia, muchos creyeron en la palabra de Dios, y á la mañana siguiente acudieron á la puerta del obispo, mugeres, niños y

ancianos, como igualmente infinitas otras personas acometidas de toda clase de enfermedades.

A todos los curaba Gregorio, y sosteniendo de este modo su predicacion con milagros, en poco tiempo hizo gran multitud de adoradores de Jesucristo. Entónces se dedicó á edificar una iglesia, á cuya obra contribuyeron los ricos con su dinero y los pobres con su trabajo. Construyóse en el sitio mas elevado de Neocesárea, y despues se ha atribuido á milagro que resistiese á muchos temblores de tierra que destruyeron casi toda la ciudad, y que fuera respetada durante la persecucion de Diocleciano.

Sus milagros le hacen temible y respetado de todos. A su voz desaparece el agua de un estanque, sobre cuya posesion disputan encarnizadamente dos hermanos. Su báculo, plantado á las márgenes del rio Licio, contiene las inundaciones, echa raices, y convertido en un corpulento árbol, es el límite perpetuo que enfrena las aguas en las avenidas.

De este modo logró llenar de cristianos su ciudad de Neocesárea, hizo infinitos prosélitos en las poblaciones inmediatas, y dió obispos á muchas otras. La de Comana le envió diputados para que le rogasen estableciese su iglesia y escogiera un gefe: Gregorio accedió á sus deseos, y pasó algunos dias enmedio de aquellos nuevos cristianos, animando con sus discursos y acciones su celo por la religion. Cuando llegó el momento de escogerles gefes, queriendo los magistrados que el pastor fuese el hombre mas noble, elocuente y hábil, presentaron muchos á Gregorio; pero éste les dijo que no debian desdeñarse de elegir á aquel cuyo esterior fuese mas despreciable.—"De ese modo, esclamó uno de ellos burlándose de las palabras del santo; y supuesto que os agrada que saquemos un obispo de las filas de los artesanos y del pueblo bajo, os aconsejo que elijais al carbonero Alejandro.—¿Quién es ese Alejandro?" preguntó Gregorio, y uno de los magistrados se lo presentó riendo. Estaba cubierto de sucios harapos, dando á conocer lo que era en sus manos y rostro ennegrecidos. Cuando le vieron en medio de la asamblea, todos soltaron una carcajada, miéntras él no manifestaba admiracion alguna ni al parecer se abochornaba de su oficio, lo cual hizo pensar á Gregorio que en aquel hombre habia algo estraño.

Lo llamó aparte y le preguntó quién era, confesándole Alejandro que no habia tomado semejante oficio por necesidad, sino con el intento de ocultarse para practicar la virtud con mas seguridad. "Este polvo de carbon, añadió, que me cubre, es una especie de careta que impide me conozcan. Ya veis que soy jóven, y tal vez en otro estado hallarian en mí algunas ventajas esteriores; pero en esto habria tentaciones que estoy dispuesto á evitar, y he preferido desempeñar este oficio que me proporciona los medios de ganar mi vida honradamente."

Gregorio lo examinó con mayor atencion y lo confió á los que le servian, previniéndoles lo que debian hacer, despues de lo cual volvió á la asamblea. Para dar tiempo á que cumpliesen las órdenes que habia dado acerca de Alejandro, habló á los circunstantes de los deberes de un obispo y de otras cosas, hasta que le llevaron á Alejandro lavado y con el trage del santo obispo. Entónces pareció otro hombre y atrajo todas las miradas; pero Gregorio les dijo: "Juzgais únicamente por vuestros sentidos, y por eso habeis desconocido este vaso de eleccion: como que el

demonio os lo ocultaba para que no fuese útil." En seguida consagró á Alejandro, y le invitó á que hablase delante de la asamblea, lo cual hizo aquel con tal acierto y facilidad, que confirmó la idea que de él habia formado el obispo de Neocesárea. Alejandro gobernó dignamente la iglesia de Comana hasta la persecucion de Decio, en la cual sufrió martirio, muriendo en la hoguera.

En lo mas fuerte de aquella persecucion aconsejó Gregorio á su pueblo que huyese para librarse de ella, lo cual salió tan bien, que ni uno de los suyos cayó. El mismo les dió ejemplo, retirándose á una colina desierta en compañía del sacerdote de los ídolos á quien convirtiera, y que era entónces diácano de su iglesia. Los perseguidores salieron tras ellos en gran número, y sabedores del sitio en que se habian ocultado, miéntras que unos guardaban el paso del valle, otros los buscaban por todas partes en el monte. Entónces se pusieron ambos á orar de pié, y con los brazos estendidos y mirando al cielo, miéntras que los paganos, despues de recorrer todo el monte y visitar todas las bocas y cuevas, bajaban al valle diciendo que solo habian hallado dos árboles bastante próximos el uno al otro. Así que se retiraron, volvió el que les habia servido de guia y halló al obispo y al diácono inmóviles y en oracion en el sitio donde aquellos hombres decian habian visto los dos árboles. Arrojóse á los piés de Gregorio, se convirtió y fué su compañero de fuga.

Algunos años mas tarde en el imperio de Galo (253), cuando un terrible contagio desoló el imperio, Gregorio se consagró todo á librar su pueblo de este terrible azote. Cristianos y paganos volvian sus ojos á él. No se consultaba á los oráculos, no se hacian sacrificios, no se asistia á los templos, todos le llamaban á su casa, y su visita era la salud, era la vida. Convirtió á todos, á unos despues de haberles arrancado de las garras de la muerte, á otros por miedo de no caer en ellas. Al morir Gregorio, Neocesárea, que á su entrada en el episcopado contaba solo diez y siete cristianos, solo contenia con sus creencias diez y siete gentiles idólatras. Lástima es, dijo, que falte aun algo á la plenitud de los que no solo han buscado su salvacion, sino que la han hallado; pero debo á mi Dios grandes acciones de gracias, porque únicamente deja á mi sucesor tantos infieles como cristianos contenia esta ciudad cuando yo llegué á ella. Prohibió que comprasen terreno para su sepulcro, "á fin, dijo, de que sepa la posteridad que Gregorio no fué propietario de ninguna herencia y á su muerte tomó prestado un sepulcro de otro." Los mismos enemigos de la Iglesia le llamaban otro Moisés á causa de sus milagros.

Por aquel mismo tiempo florecia en Africa otra lumbrera de la Iglesia no ménos célebre que Gregorio, y que se ocupó mas que él en los negocios generales de la Iglesia, no solo en su provincia, donde la persecucion fué mas violenta que en ninguna parte, causando muchas defecciones en los cristianos, sino en la misma Roma, donde por la vez primera veremos vacilar la silla de Pedro, por un cisma que produce graves turbulencias y que cuesta gran trabajo estinguir. En el momento en que desapareció el vasto genio de Tertuliano, otro cartaginés, Cipriano, se arrancaba á los estudios profanos y recibia el bautismo de la nueva religion, de que debia de ser el firmísimo apoyo.

Así, miéntras Roma se hunde de caida en caida, y los bárbaros se aprestan á lanzarse sobre ella como pájaros de rapiña, atraidos desde léjos por el olor de un cadáver, las inteligencias que hacian mas honor á la humanidad se vuelven hácia el cristianismo, como hácia una doctrina en que no tenian que temer inquietud y angustias. De la misma manera, miéntras los señoros del mundo, los que debian defender y proteger las ideas de órden y propiedad, saqueaban las provincias á pretesto de ir á combatir á los godos y demas bárbaros; Cipriano vendia todos sus bienes y distribuia su producto á los pobres.

Tascio, llamado despues Cipriano, hijo de una familia senatorial, tan noble como rica, vacila largo tiempo entre la verdad y el error. Concíbese que un jóven que profesaba con brillante éxito la retórica, en un pais en donde estas funciones eran mas una dignidad que un empleo, no se rindiese á una doctrina desconocida; empero desde que comprendió todo lo profundo y sublime del catolicismo, su mas ardiente deseo fué ajustar su entendimiento á toda esa religiosa enseñanza. Instruido por el sacerdote Cecilio, á quien habia convertido en Roma el apologista Minucio Félix; Cipriano, que en otro tiempo se embriagaba con todos los goces á que parece convidar el clima africano, se convierte en el mas continente de los hombres: en otro tiempo temia el catolicismo como una ley dura, tiránica, la encontraba luego suave y de fácil ejecucion. Cipriano se eleva desde las tinieblas de la filosofía á la luz eterna: apenas es cristiano cuando ya es el modelo de las mas altas virtudes cristianas, y dispensando en él la regla de San Pablo, es elevado al sacerdocio siendo aún neófito.

Los paganos, irritados con su conversion, le dieron el nombre de Cipriano, aludiendo á la palabra griega que significa *estiércol*, y Tascio acepta este nombre insultante que en breve ilustra!

El pueblo, en desusada muchedumbre, rodea un dia la casa de Cipriano; no habia entónces persecucion contra la Iglesia, el emperador Felipe la protegia. ¿Qué queria, pues, la multitud? Venia á buscar á Cipriano, á quien acababa de nombrar en lugar del obispo Donato que acababa de perder. En medio del tumulto, Cipriano se oculta. Es demasiado débil para soportar la carga que se le ofrece; empero todo es en vano. Crece el tumulto, se aumenta la agitacion: Cartago se halla á punto de presenciar una escena de desórden: Cipriano acepta el episcopado. La nueva situacion de Cipriano habria inspirado orgullo á cualquiera otro; su cualidad de obispo de Cartago le daba el derecho de vigilancia suprema sobre toda el Africa proconsular, Tripóli, Numidia, la Mauritania cesariense y Tingitana; empero el noble obispo no tiene mas que un solo pensamiento, edificar con sus virtudes á los fieles, corregir las costumbres públicas allí harto depravadas, y defender la disciplina de la Iglesia. Decio turba la larga tranquilidad de la Iglesia, y lanza su cruel persecucion contra aquellos relajados cristianos. Entónces se conoció á dónde llegaba la corrupcion general, pues apenas llegó á Cartago el edicto, muchos sin esperar á ser interrogados, y aun antes de que los prendieran, corrieron á la plaza pública y se presentaron ante el tribunal, como si solo hubiesen aguardado una ocasion para abjurar el nombre de cristianos. El número de los que acudian allí se aumentó en tal manera,

que los magistrados, viendo que era tarde para escuchar á todos, quisieron dejarlos para la mañana siguiente; pero en su menguada impaciencia insistian en que no se difiriese. Habia muchos que pervertian é inducian á los demas, y hasta hubo quien llevó á sus hijos, presentándoles para que perdiesen la gracia del bautismo. Aquí, lo mismo que en Alejandría, los ricos eran quienes se mostraban mas débiles, temiendo, si se ponian en fuga, perder bienes de mas precio para ellos que los tesoros de la fé! Diversos fueron los grados de caida: unos sacrificaron á los ídolos ó comieron carnes de las víctimas inmoladas; otros, y fué el mayor número, únicamente declararon que renunciaban al cristianismo, y con arreglo á esta declaracion recibieron de los magistrados *libelos* ó billetes que les evitaban á un mismo tiempo el ser buscados y el bochorno de una apostasía pública, por lo cual se les dió el nombre de *libeláticos*, siendo considerada su accion como una profesion indirecta de idolatría.

Desde que empezó la persecucion, lo mismo en el circo que en el anfiteatro, la poblacion pagana habia gritado muchas veces: "Cipriano á los leones!"

San Cipriano no temia á la muerte, mas tarde le veremos valerosamente tender su cuello al hacha del verdugo; pero habia hecho grandes reformas que le importaba llevar á cabo. Salió de Cartago, y desde el lugar de su retiro escribió á su clero aquellas cartas donde es tan admirable el gran obispo, como celoso el defensor de la fé y el infatigable administrador. En su retiro se ocupa todo, no de preservar su persona del martirio que sufrirá despues, sino en conservar el órden de su iglesia, socorrer á los ilustres confesores que padecen en los calabozos, alentar los mártires y glorificar el cristianismo, esa religion que algunos mas débiles abandonaban para doblar sus rodillas ante los ídolos. Cipriano ha encontrado entre su clero un sacerdote fiel, decidido, prudente: Terencio, en quien deposita toda su confianza, por él está en comunicacion directa y contínua con los encargados del cuidado de sus hijos espirituales, por él les manda las exhortaciones, sus oraciones y sus consejos. La persecucion de Decio llevaba ya un año, y el cansancio de los perseguidores se dejaba sentir; Cipriano se disponia á volver á la silla de su obispado, cuando un particular de Cartago, Felicísimo, se declara en guerra abierta con su obispo.

Este hombre rico, considerado, poderoso, se hallaba descontento con Cipriano. Sus escesos le habian atraido una excomunion, y queria volver á entrar en la participacion de los sacramentos sin hacer penitencia; empero Cipriano habia conservado en el destierro todo el vigor que habia antes demostrado contra semejantes pretensiones. Felicísimo creyó que el único medio de salvacion para él era provocar un cisma; organizó un partido, y aguardó la ocasion de hacerlo estallar. En breve iba á presentársele el crímen de Novaciano.

Entre tanto que esto sucedia en Cartago, no se hallaba ménos afligida la Roma cristiana. Desde el martirio del papa Antero, ocupaba la silla de San Pedro Fabian, cuya eleccion fué tenida por milagrosa (1), y que

(1) Habíanse reunido los cristianos para elegir obispo, y estaban muy léjos de pensar en Fabian, que se encontraba confundido entre la multitud, cuando

durante el largo espacio de tiempo que rigió la Iglesia probó que efectivamente Dios le habia elegido para que ejerciese tan sagrado ministerio. Un año antes del reinado y persecucion de Decio, se habia aprovechado de la paz concedida á los cristianos para enviar nuevos obispos á las Gálias, con el doble objeto de socorrer á las antiguas iglesias y crear otras. Segun Gregorio de Tours eran siete, y partieron en compañía de muchos ministros inferiores. Interrumpimos, aunque muy ligeramente, nuestra relacion para hacer mencion de estos hombres apostólicos, que casi todos sellaron con su sangre la fé del Crucificado.

San Trofimo, á quien es preciso no confundir con el antiguo Trofimo, discípulo de San Pablo, se detuvo en Arlés, cuya iglesia ya se hallaba establecida, y sucedió en ella al obispo Marciano, el cual se separó poco despues de la Santa Sede, siguiendo las huellas de Novaciano, y haciéndose indigno de regirla.

Pablo, despues de detenerse en Beziers, le dió por obispo á Afrodiso, fundó en seguida la iglesia de Aviñon, cuyo primer pastor fué San Rufo, y fué á servir la de la ciudad metropolitana de Narbona, donde acabó tranquilamente una vida llena de virtudes.

San Austremonio fundó la iglesia de Auvernia, y muchos creen que tambien le debe su fundacion la iglesia de Nevers, alcanzando la corona del martirio, merced al odio que le tenian los judíos.

San Marcial eligió á Limoges para teatro de sus tareas apostólicas, y antes de morir tuvo el consuelo de ver derribados los ídolos, y que casi todos los habitantes eran cristianos. Auxiliáronle en sus trabajos San Altiriano y San Austriclinio.

San Gaciano fundó la iglesia de Tours, en medio de una poblacion entregada á la idolatría y encaprichada en abrigar sus supersticiones. Así es que recogió larga cosecha de ultrajes y padecimientos, teniendo precision por espacio de mucho tiempo, de celebrar los sagrados misterios en subterráneos, en los cuales reunia á su rebaño. Cincuenta años empleó en cultivar aquella tierra ingrata, que despues debia producir tan ópimos frutos!

El apóstol de Francia, San Dionisio [no hay que confundirlo con el Areopagita], llegó hasta Paris, donde fundó una iglesia que floreció á poco, miéntras que por órden suya muchos compañeros de apostolado esparcian la luz evangélica por las poblaciones inmediatas, penetrando hasta Bélgica.

En el año 250 Tolosa recibió el evangelio de San Saturnino, su primer obispo, que resiste á las amenazas y persuasiones, y entregado al populacho furioso, es atado á un toro que lo destroza en medio de los aplausos de la frenética muchedumbre.

Fabian habia logrado su santa empresa. El martirio coronó su trabajosa vida. Decio le tenia particular odio. Tan conocida era entónces la preeminencia del obispo de Roma, que segun dice San Cipriano, "mas se irritaba el enemigo del cristianismo al saber que Roma tenia obispo, que si le hubieran llevado la noticia de que se habia alzado un rival que le disputaba su

fué á pararse en su cabeza una paloma. Atribuyóse esto á advertencia divina, y fué ascendido á la silla episcopal con general aplauso.

imperio." De consiguiente, Fabian fué una de las primeras víctimas del furor de Decio, siendo martirizado el año 250, despues de gobernar la Iglesia por espacio de catorce años. Tan violenta era entónces la per secucion, que se creyó prudente no aumentar la rabia de los perseguidores nombrando inmediatamente quien le sustituyera, debiéndose á esto el que Roma careciese de obispo por espacio de año y medio, y que la gobernase durante este tiempo el clero, compuesto á la sazon de cuarenta y seis sacerdotes, siete diáconos y siete subdiáconos, cuarenta y dos acólitos y cincuenta y dos mas entre exorcistas, lectores y ostiarios ó porteros.

Es indudable que hubo muchos mártires y confesores en la capital del mundo, en el reinado de ese Decio que Lactancio nos pinta "como una fiera, como un mónstruo execrable que vino al cabo de muchos años para destruir la Iglesia;" pero pocos nombres suyos han llegado hasta nosotros.... Entre otros se cita al confesor Celerino, quien, habiéndose escapado del martirio, llevaba en su cuerpo las cicatrices de los tormentos que sufriera, y contaba en su familia muchos mártires, á los cuales rindieron culto público, como, por ejemplo, su abuela Celerina, y sus tios Ignacio y Lorenzo. Tambien se nombra á Máximo, Nicostrates, Urbano, Macario, Sidonio, Saturnino y el sacerdote Moisés, todos confesores de la fé, y que si no fueron entregados á los verdugos, es porque los perseguidores tenian esperanza de cansar su paciencia por medio de la hambre, la sed y otros mil tormentos. Las cárceles estaban atestadas de confesores, siendo muchos los que murieron tanto en Roma como en las demas poblaciones, ocupando hoy un lugar distinguido entre los mártires. Sin embargo, el terror que inspiraban los suplicios hizo apostatar á muchos en la gran ciudad, ni mas ni ménos que en Cartago, Alejandría y otras partes, de cuyas resultas esperimentó la Iglesia grande turbacion, como van á ver nuestros lectores.

En Cartago dieron principio á la persecucion, por hallarse ausente el procónsul, los magistrados de la ciudad, quienes se contentaron con desterrar á los cristianos ó encarcelarlos; pero luego que llegó éste, desplegó el mayor rigor, siendo entónces cuando presentó á la vista de los que citaban ante su tribunal todo el aparato de tormentos de que nos habla San Cipriano, los látigos, los palos, los potros, los garfios de hierro, las antorchas encendidas, &c., instrumentos que aplicó con tal barbarie, que no ya quemaban ó desgarraban los cuerpos de los mártires, sino sus enteramente despojadas carnes. De este modo fué atormentado Mapalico, para ser martirizado al dia siguiente con otros muchos. El anciano Numídico, cuyas exhortaciones habian sostenido á gran número de sus hermanos en medio de los suplicios, vió con santa alegría perecer en la hoguera á su esposa, á quien amaba en estremo, y á él mismo le dejaron por muerto despues de quemarle y apedrearle; pero su hija, que buscaba su cadáver para darle sepultura, notó que aun tenia un resto de vida: conducido á su casa curó, colocándole Cipriano entre los sacerdotes de su iglesia. En una carta escrita al confesor Celerino de Roma, por Luciano, quien tambien confesaba la fé en las cárceles de Cartago, se nombra igualmente á Baso, el que murió trabajando en las canteras, Pablo, que espiró despues del tormento, Furtunion, Victorino, Fortuno, Victor, Hereneo, Credula, Herene, Donato, Firmo, Vento, Frutus, Julia, Marcial y Ariston, quienes, "por la voluntad de Dios, dice esta carta, murieron de hambre en la cárcel;" por último, el jóven Aurelio, que confesó la fé por dos veces, la primera ante los magistrados, cuya sentencia le condenó al destierro, y la segunda en la plaza pública, donde le dieron tormento en presencia del procónsul; empero sobrevivió á la persecucion.

Entre tanto, no hubo uno solo de cuantos habian apostatado [y eso que casi no tenian número, no solo entre los seglares, sino en el clero], no hubo uno, decimos, que no despreciase el culto de los ídolos, habiendo cometido semejante bajeza impulsados por el miedo de los suplicios. Aun antes de que la persecucion desmayase, ya deseaban reconciliarse con la Iglesia, y para obtener esta reconciliacion, imploraban en las cárceles la caridad de los confesores, saliendo al paso á los mártires cuando los conducian á la muerte, á fin de alcanzar su bendicion. Tan grande era la veneracion en que tenian á aquellas santas víctimas, que muchos consideraban como el juicio de Jesucristo las cédulas de reconciliacion que arrancaban á su caridad ó su sencillez. Luciano de Cartago y Celerino de Roma, de quienes ya hemos hecho mencion, eran los que propagaban con mas ardor esas peligrosas novedades; y como eran confesores de la fé, se prevalian de la autoridad de los mártires y confesores que habian dejado de vivir, sosteniendo que cumplian su última voluntad. Un sacerdote llamado Novato, acusado y culpable de muchos crímenes, y que iba á ser depuesto y excomulgado cuando empezó la persecucion, se aprovechó de esta circunstancia para suscitar un cisma en la iglesia de Africa, y secundado por un tal Felicísimo, á quien habia hecho diácono suyo, arrastró á su partido á muchos cristianos, separándose abiertamente de Cipriano, que criticaba y condenaba esas reconciliaciones obtenidas por fuerza y á las cuales no habia precedido la *penitencia;* penitencia que entónces se hallaba en gran vigor, considerándosela como el punto mas capital de la disciplina.

En este asunto difícil mostró el obispo Cipriano toda su ciencia, discernimiento, moderacion y firmeza de carácter. Aun seguia en su retiro, del cual no le permitian salir la prudencia y el cuidado de su iglesia; mas desde él escribió tres cartas, la primera á los confesores y mártires, la segunda á los sacerdotes y diáconos y la tercera á los fieles en general. Conjuraba á los primeros, despues de elogiarles como merecian por su generoso valor, á que tambien fuesen celosos en guardar las leyes de la disciplina, y que no hicieran objeto de escándalo esos billetes de reconciliacion, ya por sorpresa, ya por una caridad mal entendida. Con los sacerdotes y diáconos toma un tono mas imperativo, y les prohibe bajo penas conocidas no hacer nada con respecto á los apóstatas, que no fuese conforme á las reglas, como que lo contrario nada ménos conducia que á descreditar á los bienaventurados mártires; en su carta al pueblo, al mismo tiempo que manifiesta estremada compasion á los que habian caido, manda que no se precipiten, y que esperen su vuelta con paciencia y resignacion [1].

Estas cartas no fueron suficientes á poner un fin á las divisiones, y ni

(1) Encuéntrase en su tratado sobre los que habian *caido (de lapsis)* la compasion mezclada de dulzura y aun de indulgencia que les tenia; pero tam-

aun los mensageros del clero y confesores de Roma (aun no habia sido elegido el sucesor de Fabian), que se espresaban en el sentido de las cartas de Cipriano, pudieron cambiar la disposicion de los ánimos, que continuaba acalororando el celo indiscreto de Luciano. Un decreto dado por el mismo clero y sus confesores, quienes entónces representaban la Sede Apostólica, decreto notificado á todas las iglesias, y en el cual se aprobaba todo lo que habia hecho el obispo de Cartago, apenas pudo contener la impaciencia de los apóstatas y la demasiada facilidad de los sacerdotes en reconciliarlos.

Entre tanto Novato, el autor del cisma, excomulgado por Cipriano, pasó el mar, y se reunió en Roma con un sacerdote llamado Novaciano, mas hábil, mas elocuente que él, y no ménos ambicioso ni ménos turbulento; y mudando entónces de máximas, el malvado que en Africa habia incitado á los apóstatas á que obtuviesen á la fuerza la reconciliacion, se quejó entónces, inducido por su nuevo maestro, de que lo concedian con harta facilidad. Por aquel mismo tiempo [251], subió á la silla pontifical el sacerdote Cornelio, hombre de una pureza virginal, de singular modestia y firmeza, que habia pasado por todos los grados del ministerio eclesiástico, y á quien hubo que violentar para que aceptase tan suprema dignidad.

Entónces empezó el cisma de Novaciano, cuya historia no es de nuestro propósito contar. Sabido es que se alzó contra la eleccion de Cornelio, que sedujo á muchos confesores hasta el punto de hacer que se separaran de su comunion; que yendo mas léjos, consiguió, por medio de odiosas maquinaciones, sorprender la buena fé de algunos obispos y hacerse nombrar por ellos sucesor legítimo de San Fabian; que apoyado en este nombramiento y el testimonio de los confesores á quienes habia seducido, turbó la paz de todas las iglesias, y que solo le contuvo en su marcha, tan desvergonzada como insidiosa, San Dionisio de Alejandría, que fué el primero que descubrió el artificio y le rechazó léjos de él. Entre tanto, habia salido de su retiro Cipriano, y lo primero que hizo fué reunir un concilio de todos los obispos de su provincia; concilio en que se establecieron reglas que detallaban los diferentes grados de penitencia que necesitaban los diversos grados de apostasía, y enviados á Roma estos cánones penitenciales, fueron confirmados por la Sante Sede. Novaciano [es el primero á quien se aplica el nombre odioso y sacrílego de de antipapa], de quien habia recibido cartas el piadoso obispo, fué rechazado del concilio y anatematizado, despues de un maduro exámen sobre la no validez de su eleccion. Condenado al mismo tiempo en un concilio celebrado en Roma, abandonado por los confesores que primero le apoyaron y que ya habian abierto los ojos, hizo una tentativa que puede decirse desesperada, volviendo á enviar á Cartago á Novato, quien efectivamente consiguió por un momento renovar allí el cisma, oponiendo á San Cipriano Fortunato, cómplice de Felicísimo y condenado con él. Los facciosos le ordenaron obispo, y tan violenta fué su conducta, tanta la audacia de sus calumnias, que por un momento turbaron y conmovieron al papa, hasta el punto de que se quejó fuertemente del silencio que para con él habia guardado el obispo de Cartago sobre aquella ordenacion.

bien manifiesta gran horror de la injuria que habian hecho con su apostasía al misterio de la Encarnacion.

La respuesta que le dirigió San Cipriano ha sido interpretada de diversos modos, y muchos se han prevalido de ella para atacar la autoridad de la Santa Sede en ciertos puntos que tocan al gobierno de la Iglesia universal, procurando de este modo poner en contradiccion consigo mismo á un obispo, á un doctor, á un santo que en su tratado sobre la *Unidad de la Iglesia*, ha defendido esta autoridad suprema con las palabras de Jesucristo y toda la tradicion.

Aquí interrumpimos por un instante la vida de este ilustre siervo de Dios, esa vida que solo fué un prolongado combate, y no proseguirémos su relato hasta que hablemos de los reinados siguientes, para terminarla con su martirio.

La persecucion, que continuaba estendiéndose á todo el imperio, cuenta entre sus víctimas mas ilustres á Santa Agata, de la ciudad de Catana, en Sicilia. Las actas de su martirio, verídicas en sus principales circunstancias, pero que no son bastante auténticas en ciertos puntos, despues de decir algunas palabras acerca de su belleza, su riqueza y lo noble de su raza, nos cuentan cómo supo hacer el sacrificio de cuanto podia ligarla al mundo para conservar su virginidad, que habia consagrado á Jesucristo, y el valor con que confesó su fé en medio de los tormentos que le hizo sufrir un juez inicuo é infame, el cual se habia convertido en su verdugo despues de intentar, aunque inútilmente, seducirla. Tambien se dice en ellas que fué á consolarla una aparicion milagrosa en la cárcel, donde espiró de resultas de los tormentos que habia sufrido, y que los milagros que se realizaron en su tumba, la hicieron venerar, no solo de los cristianos, sino de los judíos y aun de los mismos paganos, honrándose despues la ciudad de Catana con hacerla su guardiana y protectora.

Dos años y seis meses hacia que imperaba Decio, y torrentes de sangre cristiana habian inundado el imperio; empero la fé de Cristo triunfaba de los tormentos y de la apostasía de los débiles. El año 251, hallándose este emperador sobre la frontera del Danubio combatiendo á los godos que saqueaban la Tracia, Galo le vende, y de acuerdo con los bárbaros, le hace penetrar con su ejército en un sitio pantanoso, donde hundiéndose su caballo, perece á los cincuenta años de su edad, y su hijo perece con él. Galo, que le habia hecho asesinar, usurpa el imperio. Apenas muere Decio, el perseguidor impío que acababa de asombrar el mundo y á quien los cristianos miraron como un castigo del cielo, la Iglesia vuelve á respirar libremente; empero la prueba del martirio no se ha acabado. ¡Tres persecuciones aún debian ensangrentar la blanca túnica de la esposa de Jesus!!!